

CUATRO PASOS AL FUTURO

PHILIP K. DICK · MICHAEL MOORCOCK
C.M. KORNBLUTH · WALTER M. MILLER JR.



Cuatro escalofriantes variaciones de lo que puede ser nuestro más inmediato futuro: ¿Cómo serían los Estados Unidos si los japoneses hubieran ganado la Segunda Guerra Mundial? ¿Qué ocurriría con una ciudad completamente automatizada que, tras ser abandonada por todos sus habitantes, continuara funcionando? ¿Cuál sería el desarrollo de una guerra en la que las máquinas, dejadas a su libre albedrío, se dedicaran a crear nuevas variaciones de sí mismas, cada vez más perfeccionadas en su incansable búsqueda del enemigo? ¿Es posible, ante una *impasse* histórica, acudir al futuro para buscar la solución a unos problemas que es imposible hallar en el presente?

Las respuestas nos las dan cuatro autores de primera línea: C. M. Kornbluth, el coautor de *Mercaderes del Espacio*; Walter M. Miller Jr., el celebrado autor de *Cántico por Leibowitz*; Philip K. Dick, el galardonado autor de *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía*; y Michael Moorcock, el animador de la nueva ciencia ficción inglesa a través de su famosa revista *New Worlds*.

Índice de contenido

Cubierta

Cuatro pasos al futuro

Introducción

Doble destino (Two Dooms, 1958) C. M. Kornbluth

La ciudad máquina (Dumb Waiter, 1952) Walter M. Miller Jr.

Segunda variedad (Second Variety, 1953) Philip K. Dick

Flujo (Flux, 1963) Michael Moorcock

INTRODUCCIÓN

Me gustaría iniciar esta introducción con unas palabras de H. L. Gold, redactor jefe de la revista estadounidense de ciencia ficción Galaxy. «A menudo —dice Gold—, relejendo las antiguas historias de ciencia ficción, podemos darnos una idea clara de cómo era la sociedad del tiempo en que fueron escritas; una idea tan clara que para conocer bien a esta sociedad no será necesario recurrir a la lectura de novelas de la época o de estudios no novelados. Pocos géneros literarios revelan tan explícitamente como la ciencia ficción los deseos, las esperanzas, los temores, las inquietudes y las tensiones de una época, y definen sus contornos con tanta precisión».

Esta cita es idónea para abrir las páginas de este volumen. Dentro de unos momentos podrán leer ustedes cuatro relatos largos, o novelas cortas (eso que los estadounidenses califican como «novelette»), agrupadas bajo un título aparentemente tan ambiguo como «Cuatro pasos al futuro». Sin embargo, este título no es tan ambiguo como puede parecer a primera vista. Y los cuatro relatos que lo forman no han sido en absoluto escogidos al azar.

Intentaré explicarme. Hubo una época en que la ciencia ficción estaba constituida básicamente por naves espaciales, pistolas de rayos, monstruos de ojos saltones y heroínas siderales con mucho valor y muy poca ropa. Afortunadamente, esta época hace mucho que quedó atrás. El molde, que dio sus grandes frutos en la dorada era de los pulp (ya saben, cuando las mastodónticas revistas yankis del género se hacían con papel de pulpa de desechos, ya que

con la guerra no había gran cosa de donde escoger), a agrietarse en la década de los cincuenta, con la guerra fría, los solapados conflictos internacionales, la amenaza de la guerra atómica siempre presente, las guerras locales limitadas, etc.; se desmoronó definitivamente en la década de los sesenta, con la concienciación de problemas tales como el equilibrio ecológico, la contaminación, la creciente masificación, el dominio absoluto de los medios de manipulación de masas, la guerra del Vietnam, los movimientos hippies, etc.; y sus fragmentos han sido barridos en la década de los setenta, con el auge de las nuevas corrientes literarias, la experimentación estilística, el desmoronamiento de los tabúes (principalmente del sexual), las crisis de la energía... y lo que falte aún por venir. Con todo ello, el público se ha ido dando cuenta de que la auténtica ciencia ficción es mucho más que simples batallas espaciales, luchas contra bug eyed monsters representando el papel del indio norteamericano de los antiguos westerns, y cosas así. Autores como Ballard (y lo cito a él porque es uno de mis autores preferidos, y porque fue de los primeros en plantearse pública y lúcidamente el problema) nos mostraron que, si el futuro ha de ser distinto a nuestro presente, los hombres que lo pueblen también tendrán que ser distintos a nosotros, y que no basta con intentar predecir el mañana a base de inventar nuevas máquinas y nuevas armas, sino que hay que investigar nuestro futuro intentando englobar en nuestras predicciones una evolución lógica de todas las características (científicas, políticas, sociológicas, humanas) que configuran nuestro presente. Así nació uno de los aspectos básicos que configuran la ciencia ficción actual: la extrapolación.

Y de ahí también que se pretenda cambiar el periclitado nombre de ciencia ficción con que se conoce al género por otro más acorde con estas nuevas coordenadas, como puede ser el de ficción especulativa (no hay que olvidar que los anglosajones, de cuyas fuentes bebemos constantemente,

dividen la literatura en general en dos grandes campos, fact, lo que nosotros llamaríamos ensayos o estudios, y fiction, es decir todas las obras de imaginación). Imagino que todos ustedes habrán observado que, en un número creciente, buena parte de las novelas actuales de ciencia ficción están centradas en nuestro propio planeta, y si lo abandonan es para extrapolar a otros mundos (a fin de crear un cierto distanciamiento) problemas y situaciones que son muy nuestros, muy terrestres. Y también habrán observado el hecho de que esta extrapolación suele trasladarse a un futuro cada vez más inmediato. Si queremos plantearnos problemas actuales, no es necesario ir a un futuro muy distante para extrapolarlos. El impacto en el público de una acción situada a pocos años de distancia (¿hace falta citar «La naranja mecánica», sólo para poner un ejemplo?) es mucho mayor que la misma acción ubicada a años-luz y a siglos-tiempo.

Esta ciencia ficción que me atrevería a calificar de «inmediata», y dentro de la cual puede englobarse a casi toda la política-ficción, un subgénero de la ciencia ficción muy en auge últimamente, está ganando cada día más adeptos, tanto entre los escritores como entre los lectores. Su gran catalizador, en los Estados Unidos, fue la interminable guerra del Vietnam y todas sus secuelas. Pero con los años se le han ido añadiendo otros muchos catalizadores: el creciente monolitismo del poder, los sistemas de represión, la alienación de las masas, la polución, la sempiterna amenaza de una guerra total...

Las cuatro novelas cortas que componen este volumen han sido reunidas precisamente bajo estas premisas. Son, como muy bien indica su título genérico, cuatro pasos al futuro... un futuro muy inmediato, un futuro que está a la vuelta de cualquier esquina. Son un fiel exponente de esta ciencia ficción que olvidando lejanos imperios galácticos, ha centrado sobre nuestro planeta y en las inmediaciones

de nuestro propio tiempo la extrapolación inmediata de nuestros más candentes problemas.

Y así, C. M. Kornbluth, al coautor con Frederic Pohl, de una de las más lúcidas extrapolaciones del mundo de la publicidad: «Mercaderes del espacio», nos ofrece con su «Doble destino» una dantesca visión de lo que podríamos haber sido los Estados Unidos si la Segunda Guerra Mundial hubiera sido ganada por los alemanes y los japoneses. Se trata, por supuesto, de una ucronía, aunque en sus premisas se aparte un poco de los postulados de la ucronía clásica, que suele fundamentarse en la teoría de los universos paralelos. Ciertamente, podrá reprochársele a Kornbluth, y con toda justicia, el mostrarse declaradamente reaccionario, puesto que este relato no pretende ser más que una justificación y una defensa a algo tan indefendible como el empleo de la bomba atómica por parte de los Estados Unidos contra un ya capitulante Japón: sin embargo, la visión que nos pinta de estos Estados Unidos colectivizados, dominados por las mentalidades nipona y alemana, forma en sí misma un frescor tan impresionante que permite prescindir de todo lo demás.

Walter. M. Miller Jr., cuyo estremecedor «Cántico por Leibowitz» no podrá ser olvidado nunca, nos plantea por su parte el siempre candente tema de las máquinas. ¿Qué ocurrirá, nos dice Miller, cuando una ciudad completamente automatizada siga funcionando por sí misma aun después de que, a resultas de una guerra, todos sus habitantes la hayan abandonado? La lenta reconquista de esta ciudad por parte del protagonista de la historia constituye una auténtica cruzada, cuyo humanista mensaje es propio de su autor: las máquinas no son implícitamente buenas ni malas, nos dice Hiller; somos nosotros, los hombres que las manejamos, quienes pretendemos haberlas dotado de un alma que nunca han tenido.

Philip K. Dick, que con su novela «Fluyan mis lágrimas, dijo el policía», estuvo a punto de ganar en 1975 un premio

Hugo, aborda también desde su óptica particular el tema de la guerra. Su mensaje es diametralmente opuesto al de Walter M. Miller. Como hiciera con otras obras suyas, como «Los defensores» o «La penúltima verdad», Dick nos extrapola los peligros de dejar que las máquinas tomen su propia iniciativa en la guerra. Los cazadores mecánicos que son el eje de «Segunda variedad» son alucinantes en su fría determinación. Confieso que pocas veces he leído un desenlace tan sombríamente lógico como el de este relato; el día en que el hombre consiga construir máquinas capaces de defenderse a si mismas de sus semejantes...

Michael Moorcock, finalmente, el gran animador de la revista *New Worlds*, catalizadora del gran movimiento de renovación de la ciencia ficción inglesa y autor él mismo de obras tan celebradas como «El programa final» y «La nave de los hielos», toma como base un futuro apocalíptico pero tremendamente lógico de nuestra decadente Europa para lanzarnos a un alucinante buceo a través del tiempo, hasta sus últimas consecuencias. Es quizá, de los cuatro relatos incluidos, el que más se distancia de la premisa apuntada de ofrecer una visión de nuestro futuro inmediato, aunque su impresionante inicio, que puede estar muy próximo a nosotros en el tiempo, sea estremecedor. Sin embargo, a mi modo de ver, de las cuatro obras reunidas aquí, quizá sea en su conjunto la más optimista. La teoría del tiempo esbozada por Moorcock rompe con todas las teorías anteriores, desde Wells hasta Silverberg. Y su noción de un tiempo no lineal, no cíclico, no coherente, nos ofrece frente a la amargura de Dick un resquicio de esperanza. Porque, como nos señala Moorcock, si al fin y al cabo el tiempo no es más que un caos donde todo ocurre al azar, donde todo puede ser o no ser, entonces ninguno de estos futuros descritos tendrá más realidad de la que nosotros le queramos dar, y en último término cada uno de nosotros podremos, si lo deseamos, construir frente a él nuestro propio futuro personal.

La idea no deja de ser reconfortante...

DOMINGO SANTOS

DOBLE DESTINO

C. M. KORNBLUTH

¿Por qué deberíamos tener la delicadeza de dejar que un arrogante trozo de carne nos amenazara, constituyéndose a la vez en nuestro juez y en nuestro verdugo?

SHAKESPEARE: *Cimbelino*

I

Era mayo. Faltaban cinco semanas para el verano, pero el calor era más insoportable cada día bajo los techos de chapa ondulada de las instalaciones de Los Álamos, donde se llevaban a cabo las investigaciones del Proyecto Manhattan. En los nueve meses que llevaba en aquel desierto, Edward Royland había perdido ocho kilos. Y nunca había sido lo que se dice gordo. Cada tarde, mientras contemplaba la columna de mercurio del termómetro subir lenta e inexorablemente hacia el máximo, se preguntaba si no habría cometido un error que lamentaría todo el resto de su vida aceptando trabajar en aquel laboratorio en lugar de dejar que la oficina de reclutamiento dispusiera libremente de sus huesos. Desde Saipan hasta Bruselas, sus compañeros de la universidad de Chicago cosechaban medallas y prestigiosas heridas. Uno de sus antiguos condiscípulos, un matemático de primera línea llamado Hatfield, ya no se ocuparía nunca más de las matemáticas: había caído envuelto en llamas sobre Lille, en una incursión de la 8.^a escuadrilla de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

—Y tú, papá, ¿que hiciste durante la guerra?

—Bueno, es algo difícil de explicar, chicos. Había aquel absurdo proyecto de bomba atómica que nunca dio nada de sí, y enviaron a un montón de tipos a aquel horrible lugar de Nuevo México. Se erigían montones de hipótesis, se hacían todo tipo de cálculos, se manoseaba el uranio, y un buen número de nosotros recibimos quemaduras radiactivas. Y luego la guerra terminó, y nos enviaron a todos de vuelta a casa.

La perspectiva de tener que proporcionar este tipo de respuesta no alegraba en absoluto a Edward Royland. El calor irritaba sus sobacos mientras esperaba con impaciencia a que el Departamento de Cálculos le hiciera llegar los resultados cifrados de la Fase 56c, para emplear el pueril nombre-código que se había adjudicado al problema de Tiempo de Ensamblaje de los Elementos. La Fase 56c era el campo personal de Royland. Tenía como superior a Rotschmidt, que dirigía el PROGRAMA III (Nuevas Armas), y que a su vez dependía directamente del gran patrón, Oppenheimer. De tanto en tanto aparecía por allí un tal general Groves, y un día Royland había entrevistado por una ventana al venerable Henry Stimson, subsecretario de Estado para la Defensa, paseando lentamente por la polvorienta vereda, apoyándose en su bastón y rodeado de toda una cohorte de jóvenes oficiales del Estado Mayor. Esto era todo lo que Royland había visto de la guerra.

¡El laboratorio! Aquella palabra había provocado en él la prometedora y refrescante idea de un trabajo indudablemente intenso, pero tranquilo. Sin embargo, cada mañana, exactamente a las siete, el «silbato de Oppie» lo echaba de la cama que ocupaba en uno de los dormitorios; debía luchar para tomar su ducha y afeitarse en medio de la barhúnda de otros treinta y siete solteros que hablaban ocho lenguas distintas; engullía rápidamente un nauseabundo desayuno en la cafetería; y alcanzaba su «oficina» en la zona prohibida, protegida por alambradas de espinos... un barracón enrejado más pequeño, más caluroso y más ruidoso.

so que los demás, donde el resonar de las conversaciones, de las máquinas de escribir y de las calculadoras lo abrumbaban durante el día.

En estas condiciones era imposible realizar un buen trabajo, se decía Royland. Además, verse estrictamente limitado a la Fase 56c no le complacía en absoluto. Sin embargo, reconocía que tenía indudablemente más suerte que el desgraciado de Hatfield.

En cuanto a las condiciones... Implicaban extrañísimos métodos de trabajo. En lugar de disponer de una computadora digna de este nombre para los análisis diferenciales, tenía que contentarse con un grupo de chicas que tecleaban incansablemente calculadoras de oficina mientras gritaban: ¡Banzai! ¡Vulgares máquinas de sumar sobrecargadas con ecuaciones diferenciales! Royland soñaba con envidia en la colosal, la admirable calculadora electrónica de Conant, en el M. I. T. Sin duda era el misterioso «Laboratorio de Radiaciones» el que se servía de ella. Royland sospechaba que su relación con las radiaciones no era mayor de la que tenía la sección «Proyecto Manhattan» con el propio Manhattan. Y se pretendía que el mundo entero se estremecería en sus cimientos cuando entrara en servicio, de forma inminente, una nueva máquina frente a la cual el propio cacharro del M. I. T. se convertiría en una anticuada... un instrumento basado en el sistema binario, atiborrado de válvulas y de relés, funcionando a la velocidad del rayo, y que reemplazaría a las ruedas dentadas y sus tranquilas revoluciones, las frágiles palancas, el elegante diseño de la máquina de Conant. Aquello no iba a gustarle, pensaba Royland; le gustaría mucho menos aún que las jóvenes secretarías apartando de sus frentes perladas de sudor los mechones de pelo sin dejar de aporrear sus teclados.

Royland se secó su propia frente con ayuda de un empapado pañuelo y consultó alternativamente reloj y termómetro. Las diecisiete horas quince minutos, anunciaba el primero; 39.2°, proclamaba el segundo.

Pensó vagamente en abandonar, en cometer los errores que hacían falta para que uno fuera despedido y puesto a disposición de la autoridad militar. Pero no, debía pensar en su carrera después de la guerra. Sin embargo. Teller, uno de los oficiales del Proyecto, no había vacilado en su actuación: había divagado tanto y tan concienzudamente en su trabajo que el propio Oppenheimer le había dejado irse, y ahora trabajaba con Lawrence en Berkeley sobre algo que, según los rumores que corrían, se había tragado ya doscientos cincuenta millones de dólares.

Una joven vestida de caqui entró tras llamar a la puerta.

—De parte del Departamento de Cálculos —dijo—. Si quiere verificar y firmar aquí...

Royland contó las doce páginas del documento, firmó el albarán de entrega, y se sumió media hora en la lectura de las hojas repletas de ecuaciones.

Cuando se echó hacia atrás contra el respaldo de su silla, el sudor chorreaba por sus ojos. Pero apenas se daba cuenta de ello. Como tampoco se daba cuenta del ligero temblor que agitaba sus manos. La Fase 56c había llegado a su término. Estaba acabada. Completa. Liquidada. Y la Misión había alcanzado su objetivo. Tenía la respuesta a la pregunta planteada: ¿Puede unirse una masa crítica de lingotes de uranio 235 en un tiempo físicamente admisible?

La respuesta era: Sí.

Royland no era ni un Wheatstone ni un Kelvin; era un teórico. Amaba las cifras por sí mismas, y no se apasionaba por los montajes eléctricos, las placas de mica, los terminales de grafito que encarnarían el veredicto de las cifras, transformándolo en un prodigio técnico. Sin embargo, era inmediatamente capaz de imaginar la bomba atómica viable cuyo camino abría la Fase 56c. Se dispone de tantos micro-segundos para obtener la masa crítica sin que la materia fisible se vaporice; se utilizan para reunir las cargas auxiliares; el método economiza montañas de microsegundos,

de modo que la cosa no puede fallar. Y luego se produce el Gran Bum.

El silbato de Oppie sonó; era la hora del cierre de las oficinas. Evidentemente, tenía que ir a decírselo a Rotschmidt, el cual seguramente palmearía fuertemente sus hombros y sacaría la alargada botella Be bols de las grandes ocasiones. Y luego iría a ver a Oppenheimer. Antes de la puesta de sol, el Proyecto sería enteramente modificado. El PROGRAMA I, el PROGRAMA II, el PROGRAMA IV y el PROGRAMA V serían anulados, y todos aquellos que habían trabajado en ellos serían afectados al PROGRAMA III. Una nueva fiebre invadiría el Proyecto. Hacía tres meses que los ánimos estaban bajos. La Fase 56c era la primera buena noticia en ese lapso de tiempo. Hasta entonces no se había llegado más que al callejón sin salida tras callejón sin salida. Tras su última inspección, el general Groves se había mostrado taciturno y pesimista.

Los cajones chasqueaban en el sobrecalentado edificio; las puertas se cerraban con gran estruendo; en el pasillo, alguien estalló en una risa tensa, «... *aber was kann Man tun?*», dijo una voz impaciente. «¿En qué vas a pensar, pues, pobre imbécil?», se dijo a si mismo Royland.

Pero él lo sabía muy bien... pensaba en el Gran Bum, el Gran Bum devastador, en la tortura. La tortura judicial de antaño, de una inconcebible crueldad en función de los criterios actuales: cuerpos desgarrados, machacados, quemados, dedos y piernas llenos de astillas clavadas... Y sin embargo, los antiguos interrogatorios cuidaban de no atentar a la integridad de la parte más sensible del ser, los órganos genitales, pese a que su mutilación, o la amenaza de su mutilación, hubiera conducido rápidamente a copiosas confesiones. Uno tendría que estar más o menos loco para martirizar a alguien de esta forma: un hombre sano de mente ni siquiera pensaría en que aquello fuera posible.